

3 2 9 1

# Cuerpos pintados para la tortura

LUIS HIDALGO





Señorita Directora :

Creo que la nutrida polémica que se ha generado a partir del informe de la Comisión Valech dejan a Franz Kafka, Darío Fo, y Joaquín Edwards Bello como verdaderas alpagatas ante el horror, el ridículo y la peculiaridad de tontilandia.

El 10 de Diciembre de 1973 siendo yo estudiante de la Escuela de Derecho de veinte años y cuando llegaba a almorzar a mi pensión fui detenido por dos señores que se identificaron como miembros del Servicio de Inteligencia Naval. Me dijeron que me llevaban detenido para interrogarme con respecto a mi militancia en las Juventudes Comunistas, hecho que negué, comenzando la aventura con cobardías y astucia chilenas. Me dejaron sacar una frazada. Caminé franqueado por estos dos señores por calle Pedro Montt. Uno era alto y amable. El otro era bajo y de ademanes ordinarios. Me dio la impresión que el alto y amable era el jefe. El bajo también las oficiaba de chofer. Caminamos unos veinte metros, que me parecieron kilómetros, llegamos a una camioneta de la Armada de Chile custodiada por un marino armado con un fusil. Al subir pude ver en la parte de atrás de la camioneta tirado en el suelo como un animal a mi amigo Tito amarrado de pies y manos, la camisa afuera del pantalón, los ojos vendados, el rostro rojo y morado, el pelo revuelto, la boca hinchada. Habíamos hablado la noche anterior. Yo había escuchado palabras coherentes salir de esa boca la noche anterior, la misma boca con la que decía ¡Revolución! luego del verso "o el asilo contra la opresión". Himno que se cantaba mucho más que hoy en esa época. Habíamos hablado la noche anterior, y hoy su cuerpo en posición fetal sobre el frío metal de esa camioneta, sus ojos vendados, el rostro cerrado al mundo, a la bella Avenida Pedro Montt, a nuestro pasado. Yo no sabía si estaba muerto o vivo, entonces en ese momento...

#### APARECE FRANZ Y DICE HO-LA CON UNA VOZ RARA.

Fue así como fui llevado en esa camioneta de la Armada de Chile, custo-

diado por mis dos futuros torturadores personales (algo así como una pareja de personal trainers pero para una gimnasia muy especial) y custodiado además por el marino armado del fusil, a una casona grande en un cerro donde limitan Valparaíso y Playa Ancha, pude ver a la entrada un letrero que decía Cuartel Silva Palma, Orden y Seguridad.

Luego una venda en los ojos y la recomendación del oficial de inteligencia alto y amable:

"Cabro, no dejés que los inspectores te peguen". Es decir el era el torturador bueno. Fui entregado a un grupo de marinos que hicieron mofa de mi apariencia personal pues era muy delgado, con un metro sesenta y siete de estatura pesaba treinta y cinco kilos. Me subieron varios pisos por la casona, me hacían tropezar, no me avisaban donde había pedruzcos, me daban pequeños golpes. Me introdujeron en una pieza ancha y llena de hombres. No había muebles de ningún tipo, y ahí debíamos permanecer por horas, o días, o semanas. Los marinos nos traían una comida deliciosamente asquerosa dos veces al día y dos veces al día nos sacaban en fila con los ojos vendados a orinar o defecar en los así llamados eufemísticamente trencitos de pichí o trencitos de la corta y trencitos de la caca o trencitos de la larga. Cuando recién llegué se sirvió almuerzo y todos pudimos sacarnos las vendas y conversar un poco. Me dijeron que estábamos en la Academia de Guerra Naval, que había detenidos en esa pieza y

en la pieza del lado. Esa pieza era llamada la pieza de las fotos, ya que allí se realizaba el registro fotográfico de los detenidos, amén de registrar las huellas dactilares al lado y separados por un tabique se encontraba otra pieza con detenidos que ya habían sido interrogados. En esta pieza había unas banderas como de marinos, de barcos, con anclas bordadas y esas cosas, tal vez el logo de la Compañía Sudamericana de Vapores, estas banderas eran usadas como cortinas en unos ventanales enormes. Al principio escuché unos gritos que consideré ordinarios y de mal gusto. Como gritos de cantante de cumbia exagerados o tal vez chillidos de hombre algo afeminados. En resumidas cuentas algo bastante grotesco. Lo que yo no sabía era que esos gritos son proferidos por el ser humano bajo un tipo de apremio físico conocido genéricamente como tortura física. La bipolaridad del momento era aquella, tortura física versus tortura psicológica. La tortura psicológica hace proferir al ser humano otro tipo de gritos. Silenciosos. Muy adentro de algo que podríamos llamar alma. Lugar el cual es muy difícil de acceder para algún tipo de peritaje sico-judicial.

Señora Directora, ¿me creería usted si le digo que los torturadores fueron buenos conmigo? Tanto es así que el año 85 recién retornado a Chile, (en el intertanto había pasado veintiún meses preso y diez años en Inglaterra impedido de volver a Chile), me encontraba en Alameda y Nataniel y creo haber visto a mi

torturador bueno, y le hice una canción que lleva por título **TRISTE FUNCIONARIO POLICIAL**.

Y digo que fueron buenos porque solo me lleve unas cuantas golpizas que me dejaron por un mes en el Hospital Naval. Al mismo lugar que habían enviado a Tito después de verlo en la camioneta ese diez de diciembre. Parece que tenían una cuenta abierta allí para enviar sus clientes. Y digo sólo golpizas que me dejaron por un mes en el Hospital Naval, sin querer injuriar a nadie ni de pecar de hacer alguna ironía demasiado barata. Pero la verdad es que siempre he pensado que a mis compañeros y compañeras les pegaron mucho más, los hicieron sufrir más, les aplicaron corriente, etc. Además Señorita Directora si tengo que decir algo más en defensa de mis ex torturadores, es que yo era, como decía más arriba extremadamente delgado a la época, y no resistí muy bien las golpizas. A lo mejor esta carta es una denuncia contra mis ex torturadores. Pero no una denuncia en términos de la tortura misma sino en el sentido que fueron pésimos funcionarios públicos, pésimos marinos, defraudadores del Estado de Chile, cafiches del fisco, etc. porque no me sacaron la chucha como se supone que correspondía con quien había lanzado un puñado de panfletos frente a los Tribunales en Valparaíso. Pero tenían seguramente miedo de matarme por que yo era muy flaco y eso me hacía sentirme peor, sobre todo cuando trajeron una amiga y la desnudaron frente a mí, me sacaron la venda y me pidieron que los ayudara a interrogarla corréndole mano, cosa que yo traté aterrorizado de hacer, y no pude. Quedé repitiendo en mi cursillo rápido de torturador. Quedé herido para toda mi vida. Meses después en el patio de la Cárcel vieja, le pedí perdón, ella fue a verme, había sol y yo ya no pensaba en suicidarme por lo que había hecho. Con una cucharita ella me recogió de nuevo y restituyó mi dignidad. ¿Por qué ellos quisieron ver un colega en mí? No sé. Tal vez porque vieron en mí un cobarde. Tal vez porque pensaron que yo estaba hecho de la misma madera que ellos. La del cobarde abusador, pero yo solo era cobarde. Estuve luego de la "prueba de





cámara" y de "tocar el piano" en la pieza de las fotos, en una larga gira artística que contempló la ya mencionada Academia de Guerra del Cerro Artillería, de ahí fui llevado al barco Lebu, de allí vuelta a la Academia de Guerra, pero a la pieza de las banderas, de allí al Lebu de nuevo, de allí a un par de piezas grandes en el Cuartel General Silva Palma Orden y Seguridad. De allí en un camión por tres o cuatro horas hasta un lugar conocido como Los Altos del Lliu-Liu, o Colliguay, o conocido también como Melinka u Operativo X, o Isla Riesco. Una meseta en la Cordillera de la Costa, desde la cual se podía ver el Cerro La Campana. Un perfecto Campo de Concentración en medio de la nada. De allí fui sacado en helicóptero con una peritonitis aguda, producto de eventos ya mencionados, llevado a la Escuela Naval Arturo Prat, de allí llevado al cuarto piso del Hospital Naval Almirante Neff, donde estuve con un guardia en la ouerta y con una pena enorme por un mes y un día o algo así. Allí nuevamente llegaron los casi colegas a seguir interrogándome, fue las únicas personas con las que tuve ocasión de "conversar" durante todo ese mes. Por mi herida salía abundante pus y sangre y no podía sentarme, por lo cual debía estar siempre tendido en forma absolutamen-

te horizontal, por lo cual les fue difícil vendarme la vista ya que soy medio nari-gón. Podía oler sus perfumes baratos y se lamentaron por el estado en que me encontraba. Como la venda casi tapaba todo mi rostro y hacía calor me ofrecieron jugo de ciruela que estaba helado y demasiado dulce. Uno de ellos pasó la palma de su mano por mi nuca y me levantó la cabeza poniéndome él el vaso en la boca y dándome pequeños sorbos me dijo "Está heladito". Yo dije gracias. Y todo esto Señorita Directora me sigue dando la impresión que incluso me molesta, que ellos fueron tal vez demasiado condescendientes conmigo. ¡Si hasta me ofrecieron jugo de ciruela! Esa fue la única "conversación" seria que tuve en ese hospital aparte de responder las preguntas de los doctores y una que otra visita del comandante del Hospital acompañado de un teniente.

Este teniente fue la última persona que vi en aquel lugar, y tengo la impresión que se molestó porque cuando vino a decirme que me venían a buscar y yo le pregunté donde me llevaban, me respondió que no correspondía que yo le preguntara eso y se quedó callado fumando y le cayeron unas lágrimas. También recuerdo que en ese lugar yo también lloré una noche porque no sabía que iba a pa-

sar conmigo.

Yo, Señorita Directora, en ese entonces no creía en Dios, lo consideraba una debilidad ideológica, pero por mi ventana veía las estrellas y les pedía ayuda, y unas se esas noches me fui en el bajón y lloré. Esa fue la única ocasión que lloré durante todos los veintiún meses de prisión. Es decir mi cuarto en el Hospital Naval se lloraba. También recuerdo haber intercambiado dos o tres frases en un par de ocasiones con los Guardias que tenía apostados en la puerta o con una que otra enfermera simpática. De allí me llevaron al Cuartel Silva Palma y de nuevo fui interrogado, esta vez sin golpizas, el mes en cama me había dejado tan débil que no podía caminar ni sostenerme en pie. Todos pensaban que me iba a morir sí o sí, e incluso algunos me lo decían con esa brutalidad que tiene la franqueza en condiciones de rigor. De allí fui llevado de nuevo al Campo de Concentración de Colliguay, de allí vuelta al Silva Palma, y de allí el sueño de todo torturado, llegar por fin a la Cárcel. En una ocasión, un preso con el que compartía celda fue llevado de nuevo a la tortura, y la pega la hizo el mismo equipo que nos había dejado en el Hospital. En medio del interrogatorio le preguntaron con quien vivía y él les dijo vivo con Redolés y Tito T.

¡Aaaaahhhh!-, dijeron los torturadores. Esos hueones debimos haberlos matado, no son buenos para Chile, tienen el mate cagao con tanto marxismo". Me pregunto ahora: ¿Fue para dárse las de malos?

Señorita Directora, los cuerpos de los izquierdistas eran los cuerpos pintados para la tortura. La polémica que ha originado el Informe de la Comisión Valech me ha hecho pensar **MUCHO EN DARÍO FO Y EN EL RIDICULO DEL PODER PARA MANTENERSE Y JUSTIFICARSE.**

**INCLUSO PIENSO QUE** Vergara, Arancibia e Insulza, entre otros, con las entrevistas que han dado, están perdiendo el tiempo en la política y debieran dedicarse al teatro Foiano. Creo que les iría mejor.

**JOAQUIN EDWARDS BELLO SONRIENDO ME DIRÍA ¿Y ESPERABAS OTRA COSA DE MITOPOLIS?**

**ATENTAMENTE**  
**Mauricio Redolés**